



## 80.000 kilómetros de soledad

*En mis viajes me ha pasado de todo, pero las situaciones más graves las provoqué yo*

Por MIQUEL SILVESTRE

**H**e recorrido el mundo en moto por culpa de Josep Pla. En cuanto publiqué mi primera novela, comprendí que jamás viviría de la literatura. Entonces gané unas oposiciones. Tres libros después, ya no era una joven promesa y sí un orondo funcionario. Mi otrora ácida pluma se dedicaba a rellenar periódicos con farfolla jurídica e hipotecaria. ¿Y la gran Literatura? ¿Y los conflictos, las pasiones, los personajes?

Recordé una entrevista a Josep Pla donde dijo que el hombre que leía novelas a partir de los 35 era un cretino. La frase tal vez sea una boutade, pero me hizo comprender que esforzarse en imaginar argumentos ficticios por novelistas con corbata y michelines sí era una estupidez. Decidí que los argumentos vinieran por sí solos. En 2008 solicité la excedencia para recorrer el planeta en completa soledad. Cuarenta países, cientos de ciudades, miles de personas. De Dublín a Ciudad del Cabo, de San Francisco a Samarcanda, de Ámsterdam a Jerusalén. Lo hice en moto por la épica. El motociclista solitario es hoy lo más parecido al caballero andante medieval. Cruza fronteras, desiertos y selvas persiguiendo horizontes siempre en fuga. 80.000 kilómetros suponen una

**Capadocia, Turquía.** Registrador de la propiedad, escritor y viajero, Silvestre escoge rutas no convencionales en un mundo globalizado.

de las más reales aventuras que quedan en un mundo de vuelos baratos, internet y aldeanismo globalizado.

Accidentes, enfermedades, robos, extorsiones y encuentros con animales salvajes. Pero las situaciones más graves las provoqué yo. Rompí un tobillo en Sudáfrica por una distracción; quedé aislado en tierra de nadie entre Rusia y Kazajistán por despreciar la normativa sobre visados; casi muerdo de sed en la Costa de los Esqueletos de Namibia por no respetar la prohibición de entrar en moto; sin combustible en Mauritania por confiar en que a 220 kilómetros de Nouakchott hay una estación de servicio. Sí estaba, pero ya no quedaba gasolina.

He cometido muchos errores, pero siempre tuve en cuenta que fui allí por propia voluntad, que los diplomáticos no son niñas ni agentes de viajes, que el riesgo era real y la falta de medios, pavorosa. He salido entero hasta la fecha porque el planeta es un lugar mucho más seguro de lo que pensamos; porque los telediarios enseñan las excepcionales patologías que sufre la humanidad como si fueran lo normal; y porque he respetado la más elemental norma del viajero: no ir jamás a ningún sitio en época de lluvias.